

cristiano es el verdadero Israel de los tiempos modernos. Los antiguos judíos adoraban al mismo Dios que nosotros adoramos, y esperaban su salvación del mismo Mediador, Jesucristo, de quien nosotros esperamos la nuestra. Ellos profesaban el Cristianismo y seguían la verdadera religión; pero, como lo hemos visto ya, ellos eran el único pueblo de la antigüedad en que la mujer era considerada como igual al hombre y de la misma naturaleza que él; como dotada de una personalidad completa y de derechos y de deberes, lo mismo en el orden doméstico que en el orden civil. De aquí se deduce claramente que en los tiempos antiguos la mujer fué respetada y considerada como una cosa noble y sagrada, sólo por la influencia del Cristianismo, por un reflejo anticipado de su espíritu y de su gracia sobre ella.

Lo mismo sucede en los pueblos modernos. La mujer no es lo que debe ser sino en los pueblos cristianos. Donde quiera que el Cristianismo es desconocido, la mujer es esclava, carece de personalidad civil y aún de personalidad humana, y es despreciada, oprimida y rebajada hasta la condición del bruto ó de un mueble; en una palabra, de una *cosa inanimada*.

Ya hemos visto cuál era la condición de la mujer bajo el imperio del paganismo antiguo. Pues bien, si se consulta la historia, los monumentos y las memorias de los viajeros, se conocerá que la condición de la mujer bajo el imperio del paganismo moderno no es más ventajosa. En nuestros mismos días, aún á vista de los europeos, en Turquía, en Armenia, en Tartaria, en Persia, en las Indias, en la China, en la Corea, en el Japon, en Egipto, en la Argelia, en Marruecos y en todo el resto del África, en las dos Américas, lo mismo que en la Australia y en la Oceanía, la mujer pagana es todavía lo que era antes de la venida del Salvador: en unas partes ella es una propiedad, una cosa que se compra, que se vende y que se destruye cuando se quiere; en otras partes es una bestia de carga, una máquina condenada á los más penosos trabajos; en otras partes no es más que una esclava, que se castiga, que se arroja de la casa, ó se abandona á la miseria ó á la deshonra; en otras partes, en fin, no es más que una víctima que se inmola á la superstición más estúpida y cruel.

En efecto, los *Anales de la fe* nos enseñan que la muerte violenta de la mujer sobre la tumba de su marido, que se verifica entre los

indios, se halla también en uso en todas las tribus bárbaras del África, de la América y del mar Pacífico. Entre los paganos modernos, lo mismo que entre los antiguos, la mujer es un sér odioso é impuro, á quien se prohíbe entrar en los templos de los dioses y aún pronunciar sus nombres; un sér maléfico, contra el que se necesitan tomar precauciones; un sér despreciable, en fin, que el hombre se complace en humillar y en despreciar.

Esto mismo sucede en todos los pueblos que no son cristianos, sean cualesquiera sus adelantos en las ciencias, en la literatura y en las artes, y sea cualquiera el grado de su pretendida civilización. Recorred el mundo, y donde no encontréis cruces que adorar, podéis estar seguros de encontrar á cada paso los signos, los monumentos y las pruebas más terminantes de la crucifixión y de la degradación de la mujer. Fuera de las creencias y del culto cristiano, en ninguna parte que vayais encontraréis la menor idea, la más pequeña señal de la mujer igual al hombre, de la mujer esposa, de la mujer madre, de la mujer cabeza de familia, de la mujer propietaria, de la mujer dueña de sí misma, de la mujer grande, de la mujer noble, rodeada de dignidad, de miramientos y de respetos, tal como existe en los países cristianos. Es, pues, incontestable que la mujer debe sólo al Cristianismo cuanto ella es en estos países, y que uno de los efectos propios de la religión cristiana sobre los pueblos es la rehabilitación y la elevación de la mujer.

§ XI. — El verdadero hereje no es cristiano. — No hay más que un Cristianismo verdadero, que es el catolicismo. — Se debe entender del catolicismo todo cuanto se ha dicho hasta aquí de la acción del Cristianismo para la rehabilitación de la mujer. — Pruebas de que fuera del catolicismo la mujer es en todas partes desgraciada y humillada. — Condición deplorable de la mujer en Inglaterra y en todos los países protestantes. — El protestantismo es un verdadero destructor del espíritu de familia.

Pero cuando hablamos del Cristianismo como de la única religión tutelar de la dignidad y de la ventura de la mujer, sólo se debe entender por esta palabra el catolicismo.

Cuando el Salvador envió á sus Apóstoles á evangelizar el mundo, les dijo: «Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles á



que observen todo cuanto os he mandado. (Matth., xxviii.) El que creyere y fuere bautizado se salvará; pero el que no crea será condenado.» (Marc., xvi.) Segun estas divinas palabras, es evidente que sólo el bautismo y una fe vaga en Jesucristo no forman el verdadero cristiano, no colocan al hombre en el camino de la salvacion; que no puede el hombre ser verdadero cristiano ni conseguir su salvacion sino en tanto que con el bautismo acepte, crea y practique todo lo que Jesucristo ha revelado á su Iglesia, y su Iglesia nos enseña en su nombre; es decir, miéntras no reconozca á la Iglesia, esté sumiso á ella, y forme parte de ella.

Pues bien, el cismático no es otra cosa que un cristiano que se ha separado de la Iglesia y se ha rebelado contra la Iglesia; el hereje no es otra cosa que un cristiano que profesa opiniones particulares, contrarias á las creencias comunes de la Iglesia; el protestante, como lo da á entender su mismo nombre, no es otra cosa que un cristiano que protesta contra todas ó contra algunas doctrinas de la Iglesia para no creer más que sus propias doctrinas; es decir, que se atribuye á sí mismo la infalibilidad que niega á la Iglesia. Así es que esos desgraciados cristianos, á no ser que tengan una buena fe y una ignorancia invencibles, se hallan por diversas causas fuera de la Iglesia, y no son verdaderos cristianos; y á todos ellos se puede aplicar esta terrible sentencia, que pronunció Tertuliano contra todos los herejes: «Si son herejes, por esto mismo no son ya cristianos: *Si hæretici sunt, christiani non sunt.* (De Præscript.) Esto consiste en que, exceptuando las almas sencillas é inocentes, que, aunque separadas del cuerpo de la Iglesia, pueden pertenecer á su espíritu por lazos secretos, fuera de la Iglesia no existen dogmas, no hay más que *opiniones*; no puede decirse *yo creo*, sino *yo pienso, me parece*; y si existe alguna fe, es una fe incierta, vacilante, mudable, defectuosa y estéril; pero la fe santa, firme, inmutable, uniforme, fecunda y regeneradora del hombre y de la sociedad, no se encuentra más que en la Iglesia católica.

Es verdad que existen en el mundo muchas comuniones cristianas diferentes; pero así como no hay más que un solo Dios verdadero, un solo Jesucristo verdadero, tampoco hay ni puede haber más que un solo culto verdadero, una sola religion verdadera, un solo Cristianismo verdadero; y este Cristianismo no es ni puede ser otro que el catolicismo, el único que no niega ni protesta contra lo

que Jesucristo ha enseñado; que lo admite todo, y que, unido á Jesucristo por la Iglesia, participa de la luz divina y de la divina gracia, y es el Cristianismo verdadero y perfecto. Es necesario, pues, entender del catolicismo, y del catolicismo solo, todo cuanto hemos dicho, y todo cuanto diremos respecto á la accion del Cristianismo para la rehabilitacion de la mujer. La mujer verdaderamente cristiana no es otra cosa que la mujer católica, y el catolicismo la ha hecho lo que debe ser, segun los designios de Dios, en el mundo civilizado.

Mujeres, ¿quereis convenceros de esta verdad? No teneis más que tender la vista en torno vuestro, y ver cuál es la condicion de vuestro sexo en el seno del cisma del protestantismo y de la herejía. Se ha dicho que el *protestantismo es la religion conservadora del espíritu de familia*; pero nada es más falso que esto. Es cierto que el protestantismo, la religion orgullo, la religion del *yo*, la religion que impele al hombre á concentrarse en sí mismo, á no buscarse ni reconocerse más que en sí mismo, trata de aislarle del ministerio eclesiástico, de hacerle preferir la casa al templo y las reuniones domésticas á las congregaciones de los fieles; pero lo hace con el objeto de mandar en ella como señor, y no para consagrarse como cristiano á la felicidad de su mujer y de sus hijos. Por consiguiente, el protestantismo es, por el contrario, la religion destructora del verdadero espíritu de familia; porque el verdadero espíritu de familia no es otra cosa que el afecto mutuo de los miembros que la componen. Ved, en efecto, lo que es hoy la mujer en la familia protestante, en Inglaterra, por ejemplo, que se halla á la cabeza del protestantismo, como la Francia se halla á la cabeza del catolicismo.

Ved esa mujer con los ojos bajos, la frente abatida y con una soga al cuello, cuyos dos extremos tiene un hombre en su mano, en medio de una turba, que se rie, se burla de ella y le dirige los denuestos más groseros: ése es un marido que va á vender á su mujer en almoneda pública. Vosotros creeréis que os hallais en alguna ciudad de Egipto, de la China ó de la Tartaria; pero no es así; esto sucede en una plaza de Lóndres ó de otra ciudad de Inglaterra! El gobierno ha tratado de abolir esta costumbre bárbara; pero no ha podido conseguirlo: ésta es obra del protestantismo, que, habiendo abolido el matrimonio como sacramento, lo ha reducido á un mero contrato civil, que se puede romper por el divorcio cuando se quie-



ra. La prueba terminante de que esto procede del protestantismo es que en Irlanda, país sometido al mismo gobierno y á las mismas leyes civiles que en Inglaterra, no se ha visto ni una siquiera de estas repugnantes ventas, que en Inglaterra son más frecuentes de lo que se piensa y se dice. Pero la Irlanda es católica, y la Inglaterra es protestante. No os admireis, pues, del profundo desprecio con que John Bull mira á la mujer, supuesto que el padre vende también sus hijas, lo mismo que el marido su mujer, á los dueños de fábricas; que se sirven de ellas para todos los usos que tienen por conveniente (1). No os admireis de que no haya país alguno en el mundo donde el honor de la mujer del pobre esté más expuesto á las asechanzas del rico, que, convencido de adulterio ante los tribunales, sólo se le impone el pago de una multa. No os admireis de ver que Lóndres es el país donde el adulterio se ve con más frecuencia, donde las costumbres están más corrompidas, y donde el número de mujeres públicas que os rodean y os estrechan en todas las calles iguala al número de los obreros y marineros.

Pero la mujer de un rico no es más dichosa ni más respetada en la poderosa Albion que la de un pobre. La sola posibilidad de que la mujer abandone la casa por el divorcio, obliga al marido á ocultarle cuidadosamente todos los secretos de familia, por temor de que un día pueda divulgarlos. Esto explica la repugnancia que tiene el marido á tratar de negocios comerciales ó políticos en presencia de su mujer. Ellos se reúnen á comer, y comen, como los extranjeros, en una fonda, sin decirse una sola palabra. Á los postres es necesario que las mujeres se retiren, porque entónces es cuando se principia á tratar de los negocios. Parece que aquellos hombres esperan que se yayan las mujeres, como si fueran espías, para hablar con libertad. Esta es la desconfianza y el desprecio de la mujer llevado á su último grado.

En esas familias, tales como el protestantismo las ha formado, todo es desconfianza y frialdad en las relaciones del marido con su mujer. En ellas no hay ese afecto mutuo de los esposos; en ellas no

(1) Es verdad que esto se llama *ceder*; pero ceder por el dinero es *vender*. Algunas veces estas cesiones se hacen sólo por cierto término; pero ceder por cierto término mediante una renta es *alquilar*. De todos modos alquilar ó vender la mujer ó las hijas es una costumbre propia de pueblos paganos.

se encuentra esa expansion de dos corazones que no forman más que uno solo; no hay esa confianza ilimitada que tienen los esposos entre sí, viviendo el uno para el otro; no hay esa unidad de pensamientos, de sentimientos, de secretos y de intereses; no hay ese deseo de adivinarse mutuamente los pensamientos y de sacrificarse el uno por el bien del otro; en una palabra, no hay esos miramientos afectuosos y delicados, que forman la ventura del hogar doméstico, y que son tan comunes y tan populares en las familias católicas. Todo esto ha sido reemplazado por modales fríos y por miramientos calculados, movidos por el interes y producidos por la ficcion. Esta es la etiqueta sustituida al amor, el entendimiento al corazón, y la razón al sentimiento, y formando la regla única de la vida de los esposos; éstos son los *matrimonios de razón* ó de cálculo; y no puede ser de otra manera donde todo se reduce á la razón ó al cálculo, áun la religion misma.

La mujer protestante, profundamente humillada, degradada y desventurada como esposa, no lo es ménos como madre al otro lado del canal de la Mancha. Los hijos no le pertenecen, y sólo le tributan esos miramientos de conveniencia, separados de todo sentimiento de confianza y de afecto, de que su padre les da ejemplo. Si los hijos tienen un secreto, van á confiárselo á su padre, no á su madre. Despues que una jóven ha hecho *su entrada en el mundo*, es libre de salir sola, acompañada de un criado, de ir donde quiera, y de volver á la hora que le parezca. La madre nada tiene que ver en eso; en esas familias no es ella más que la nodriza ó el ama de gobierno, pero no la primera autoridad; y mucho ménos la primera y la mejor amiga de sus hijos.

La independenciam, ó más bien la ausencia de toda relacion amigable y afectuosa de los hijos con su madre, es todavía más grande y más escandalosa. Al salir un jóven de la escuela es enviado á una de las universidades, de la cual vuelve para ir á viajar al extranjero. Despues de los viajes se casa, y la madre se ve obligada entónces á dejar su habitacion para cederla á la esposa de su hijo, y á retirarse á un oscuro rincón de la casa, ó tal vez á dejar la casa para ir á vivir en el aislamiento y en la soledad, haciéndose desde entónces completamente extraña á sus hijos, así como sus hijos lo son para con su madre. Y no es extraño que esto suceda, porque se dice entre los protestantes que la esposa es *la primera sirvienta de la*



*casa*. Por consiguiente, cuando se cumple el plazo del *servicio estipulado* se le ajusta su cuenta y se la despide, y ella no tiene derecho alguno para quejarse. Pero ésta es la relajacion y áun la destruccion de todos los lazos, de todos los sentimientos de familia. Esta es la violacion flagrante y sistemática de todos los deberes del marido para con su mujer, y de los hijos para con su madre. Esta es la degradacion completa de la mujer. Este es el espíritu pagano, introducido en las familias, en lugar del espíritu cristiano. Todo esto es innegable; y sin embargo, se repite á cada paso que el protestantismo es la religion conservadora del espíritu de familia. La mentira no cuesta nada al error.

§ XII.— Siguen las pruebas de que fuera del Catolicismo la mujer es en todas partes desgraciada y humillada.— Degradacion de la mujer entre los cismáticos.— La mujer griega.— Impotencia del cisma para civilizar los pueblos.— La mujer rusa del pueblo y de las clases elevadas.— Libertinaje de la aristocracia rusa.— La vida del palacio es el infierno de las señoras.

Entre los griegos cismáticos la mujer está muy léjos de gozar de todos los derechos y de todas las consideraciones de que goza en la familia católica. El marido trata á su mujer más bien como á su sierva que como á su compañera. El padre mira á sus hijos más bien como cosas que le pertenecen exclusivamente que como personas, y por consiguiente, dispone de ellos como le parece.

Todas las doncellas y los mancebos griegos (1) que llenan los serrallos de los turcos, no se encuentran allí por la violencia de éstos, sino por la venta que de ellos hacen sus propios padres (2), con gran humillacion y con gran dolor de sus desgraciadas madres. No es un caso raro ver á un marido que vende su propia mujer á un rico pachá. Áun en el caso de que la madre se libre del horrible

(1) Todos saben que, á ejemplo de los antiguos filósofos, y entre ellos Sócrates y el divino Platon, y con el permiso que les concede el Coran, que declara ser una cosa indiferente (*harem*), los pachás turcos prefieren los mancebos á las doncellas.

(2) Si esto sucede en Grecia, país que se halla en contacto continuo con la civilizacion católica, país donde el verdadero Cristianismo, por la multitud de sus doctores y de sus santos, brilló por espacio de tantos siglos con el res-

suplicio de verse privada de sus hijos, está muy léjos de verse recompensada, por su ternura y su respeto, de los dolores que por ellos ha sufrido y de los cuidados que les ha prodigado. Testigos del imperio, ó por mejor decir, del desprecio con que el marido griego trata á su mujer, los hijos aprenden á tener poco respeto, y áun á despreciar á su propia madre. Desde que llegan á la edad en que pueden vivir sin ella, le mandan despóticamente; y menosprecian su amor y su autoridad.

En Rusia la condicion de la mujer es todavía peor. En los países infieles sujetos al cetro del Czar, la mujer es siempre esclava de su marido y de su padre. En muchas comarcas de aquel Imperio, el matrimonio por cierto tiempo, por un año, y áun por seis meses, es una costumbre recibida; en otras, el dia en que la mujer cumple cuarenta años, pierde, *ipso facto*, su categoría de madre de familia, deja de ser la esposa de su marido y la madre de sus hijos, y se ve reemplazada por otra mujer más jóven; es verdad que se la conserva en casa, pero es como sirvienta de su esposo y de su propia rival. De este modo se la castiga por el crimen de haber envejecido un poco, y de no haber tomado sus medidas para morir antes.

En otras comarcas de aquel Imperio, como en Circasia, en Georgia, en Mingrelia y en todo el gobierno del Cáucaso, los maridos echan de casa á sus mujeres por el más pequeño motivo de disgusto, y con mucha más frecuencia las venden, lo mismo que á sus hijos y á sus hijas. En aquellos países, cuyas mujeres son tenidas por las más hermosas de toda el Asia, es donde los mercaderes de carne humana van á hacer sus acopios para los serrallos de los turcos y áun para los palacios de la aristocracia rusa. Si hay guerra, todos los prisioneros, hombres, mujeres y niños, se venden en el

plandor de la más elevada ciencia y de todas las virtudes del Evangelio, y dejó vestigios tan profundos y tradiciones tan preciosas, se puede calcular con razon lo que debe suceder en los demas países del Oriente, que el cisma y la herejia han colocado fuera de la verdadera Iglesia, y que no tienen las condiciones tan ventajosas que tiene la Grecia. En efecto, la costumbre bárbara de repudiar y de vender las mujeres y áun los hijos á los infieles, se encuentra más ó ménos extendida entre todos los cristianos cismáticos y herejes de la Persia, del Egipto y de la Abisinia; y por una sórdida é infame avaricia, dan un número cuasi igual de esclavos para proveer de criaturas humanas los bazares de Constantinopla y del Cairo.



mercado; y como entónces el artículo de las mujeres abunda, se pueden comprar á cinco rublos cada una, ¡á escoger!

El clero ruso, para excusarse de que no hace nada por abolir esas costumbres bárbaras, se escuda en su antigüedad, que las ha hecho convertirse en la naturaleza de esos pueblos, y que reduce el celo más activo á la imposibilidad de desarraigarlas. Mas esta excusa no prueba otra cosa que la impotencia propia del cisma y de la herejía para combatir la barbarie, para suavizar las costumbres, para realzar á la mujer y para introducir en parte alguna la civilizacion cristiana. En cuanto al verdadero Cristianismo, que es el catolicismo, los anales de la propagacion de la fe están ahí para probar que es omnipotente para destruir costumbres todavía más antiguas, más feroces y más lisonjeras á las pasiones del hombre, para convertir los monstruos en hombres, los hombres en ángeles, y los antropófagos mismos en perfectos modelos de caridad (1).

Mas entre los mismos pretendidos ortodoxos la condicion de la mujer no es mucho mejor. Tenida por incapaz de instruccion alguna, su Cristianismo no es otra cosa que una mezcla de preocupaciones groseras y de prácticas supersticiosas; ella no tiene más conocimientos que los que necesita para saber que debe resignarse á la servidumbre. El pueblo ruso, pueblo excelente, pueblo de una bella alma, como su talla y su figura, pero inmovilizado, petrificado y embrutecido por el cisma, no estima ni respeta á la mujer. Él no la considera más que como una *cosa*, y su mismo Gobierno es quien le da el ejemplo. Un solo hecho nos dirá más que las más prolongadas citas. Al soldado ruso se le permite casarse y tener consigo en su garita á su mujer, partiendo con ella la miserable racion de pan negro, de mal potaje, y de un sorbo de agua y vino, que es lo que forma todo su alimento. Si llega á tener un hijo, esta racion tiene un pequeño aumento. Pero por este miserable socorro que el Gobierno concede al padre, se hace dueño del hijo. Este hijo es soldado nato: sólo pertenece al ejército, y sus padres tienen que criarlo para el ejército. Aquí, como se ve, hay compra y venta, hay tráfico de un sér humano, con la diferencia de que se le compra

(1) Véase en el *Viaje al rededor del mundo*, por el almirante Urbille, el brillante testimonio que este viajero filósofo da de los cuatro sacerdotes franceses que, en ménos de seis años, convirtieron las islas Cambières, centro de la barbarie y de la antropofagía, en una tierra de santos.

ántes de que sea apto para el servicio, como se compran los frutos sobre el árbol ántes que lleguen á sazonzarse. ¡Gran motivo de honor y de consuelo para la madre! Pero si el soldado no tiene más que hijas, el Gobierno no le aumenta la racion, y la madre tiene que criarlas de la manera que pueda, muchas veces á expensas de su propio honor, ó del honor de sus mismas hijas, destinándolas, por cierta cantidad, *al servicio*; pero á un servicio de otra especie muy distinta; ¡y esto tambien para su mayor gloria y su mayor felicidad!

Las esposas de los grandes señores se hallan libres de semejantes desgracias; pero están condenadas á sufrir otras muy parecidas. Como la civilizacion de la aristocracia rusa no es el resultado del desarrollo de los principios cristianos, sino del contagio filosófico del siglo XVIII, se halla sólo en las formas, pero no en las costumbres. El Gobierno ruso permanece siempre militar (1), y la mujer rusa ha permanecido siempre cosaca. Así es que el caballero ruso, perfecto parisiense en cuanto á la forma, permanece todavía bárbaro en la realidad, y no es fácil dar una idea de su libertinaje. En él se encuentra el sensualismo salvaje de los turcos bajo los modales franceses. Los palacios de la aristocracia rusa son unos verdaderos serrallos, poblados de jóvenes compradas en Circasia, ó suministradas por las numerosas familias de siervos que tienen en sus tierras. Es necesario que el *señor* se distraiga, y los huéspedes que vienen á verle de la ciudad igualmente. Uno de estos grandes señores ortodoxos, no teniendo un dia jóvenes bastantes para *honrar* á sus numerosos amigos que habian ido á visitarle de las ciudades inmediatas el dia de su cumpleaños, mandó á sus mayordomos que se las proporcionasen, tomándolas á la fuerza de entre sus siervos. La provision se hizo cuasi sin resistencia. Pero al dia siguiente, furiosos los siervos por la afrenta que se les habia hecho, asaltaron el palacio, y despues de haber hecho salir de él á sus

(1) Todo es militar en Rusia; los magistrados y los gobernadores de provincia son oficiales del ejército. El *soberano pontífice* de la fe ortodoxa es el Czar, cuyo uniforme de coronel, cuyo látigo (*knout*) en la mano, cuya espada á la cintura y cuyas botas de montar contrastan singularmente con la gran cruz griega que lleva en su pecho, y lo hacen un personaje extraño á los ojos de los extranjeros. El presidente mismo del *Santo Sinodo*, que se compone de obispos, no es otro que un general de Caballería.



mujeres, lo entregaron á las llamas, y quemaron en él á su señor con sus amigos. Tales rebeliones, á que el despotismo está expuesto de parte de la esclavitud, no son raras en Rusia.

Por lo dicho se comprende bien lo que las esposas de aquellos pachás cristianos deben sufrir al ver á sus maridos entregados á los mayores excesos en su propia casa y á su propia vista, y prefiriendo á ellas jóvenes esclavas ó descaradas prostitutas. Mejor sería repudiarlas que hacerlas espectadoras forzosas de las injusticias que se cometen contra ellas. Sus palacios dorados son una verdadera prision; sus títulos de esposas y de señoras de una casa principal son una burla amarga; su vida de grandes señoras es un infierno. Sin embargo, este proceder es tan universal, y se considera tan legítimo y tan indiferente, que las desventuradas ni aún siquiera pueden quejarse. Esta es una condicion de la vida de los palacios, á la que deben resignarse desde que piensan entrar en ellos. Y no es extraño que así suceda, habiendo perdido aquellos ortodoxos toda idea de la santidad y de la unidad del matrimonio cristiano. Ellos son hombres de creencias al parecer cristianas y de costumbres realmente musulmanas. En ellos se ve el sensualismo pagano oculto bajo la sombra de la cruz (1). Y la mujer misma, en fuerza de ser víctima de estos horrores, acaba por hacerse cómplice de ellos, por imitarlos á su vez, y por perder el último de sus bienes, que es el sentimiento de su dignidad.

§ XIII. — Continúan las pruebas del estado lamentable de la mujer fuera del Catolicismo. — El divorcio admitido por los cismáticos. — El clero cristiano, sustraído á la autoridad del Papa, no puede conservar el espíritu de su estado. — La ignorancia, la corrupcion y la venalidad del clero cismático son causa de la degradacion de los matrimonios entre los cristianos de Oriente. — Sólo el Catolicismo hace que se respete á la mujer.

Este estado de degradacion de la mujer entre los cismáticos nada tiene de extraño. Sólo por la indisolubilidad del matrimonio, como

(1) Entre los antiguos romanos la ley autorizaba al marido para que tuviese consigo otras mujeres además de su esposa: *Concubinas habere jus esto*. Esto, que entre los romanos era un derecho del marido *por la ley*, entre los personajes rusos es un derecho del marido *por la costumbre*; fuera de esta diferencia, el suplicio que de ello resulta á la esposa es el mismo.

hemos visto ya, y como veremos todavía despues, tiene la mujer una personalidad propia, que la hace ser en la familia lo que debe ser en ella. Pues bien, los griegos, á pesar de que admiten y han admitido siempre que el matrimonio es uno de los siete sacramentos de la Iglesia, por una inconsecuencia que salta á la vista de todos los que saben su catecismo (1), han sostenido siempre, y sostienen todavía, que el adulterio disuelve completamente el matrimonio aún en cuanto al vínculo, y concede á los esposos separados la facultad de contraer nuevo matrimonio.

El clero cristiano que se separa de la obediencia del jefe de la Iglesia, no puede conservar por mucho tiempo el espíritu de su estado. Dejando de ser vigilado por la elevada autoridad, por la autoridad imparcial, independiente y suprema del Papa, acaba por caer en la ignorancia y en la corrupcion. Esta ley no tiene excepcion alguna. Así es que ni aún el clero griego, cismático, á pesar de su jerarquía, que termina en el patriarca, y á pesar de sus sínodos, no se exceptúa de ella. Nosotros hemos leído poco tiempo há una Memoria del estado actual del cisma griego, fundada en hechos y en documentos irrecusables, y escrita por un griego muy conocido en París y en Roma por su erudicion eclesiástica y por su celo en procurar la reunion de la Iglesia griega con la Iglesia latina, y hemos visto con disgusto que aquel desventurado clero ha llegado al último grado de abyeccion; bajo el doble aspecto de las ciencias y de las costumbres. La simonía se halla en ellos á la orden del día. La dignidad de patriarca y la de obispo se sacan á la subasta por el sultan y los pachás, que imitan en esto al Sínodo, y se dan al mejor postor. No pudiendo estos dignatarios tener mujeres legítimas, segun los cánones, se las proporcionan de otra especie. Cargados de deudas por los enormes gastos de su eleccion y de la manutencion de sus mujeres é hijos, se ven obligados á sacar prove-

(1) El matrimonio entre los bautizados es un sacramento, porque, segun San Pablo, significa perfectamente la union de Jesucristo con la Iglesia por medio de la encarnacion. Y siendo indisoluble la union de Jesucristo con la Iglesia, el sacramento del matrimonio, que la representa, debe ser tambien indisoluble; porque de otro modo no representa esta union, ni es, por consiguiente, un sacramento. Luego admitir que el matrimonio entre los bautizados es un sacramento, y admitir que puede disolverse, es admitir á un mismo tiempo que el matrimonio cristiano es y no es un sacramento, lo cual es absurdo. Pero más adelante volveremos á tratar de esta materia.